Imprimir

En 1989, el economista John Williamson habló por primera vez del “Consenso de Washington” para referirse a las ideas o principios de política económica que debían seguir aquellos países que quisieran ser bien acogidos y apoyados por las instituciones que tienen su sede en la capital estadounidense: Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial o Tesoro de los Estados Unidos. Tales principios constituían la ortodoxia neoliberal que es bien conocida: privatizaciones, disminución de gastos sociales y de impuestos, plena apertura exterior libertad de movimientos de capital, desregulaciones…
Como he explicado con más detalle en mi reciente libro *Más difícil todavía*, la crisis que se estaba gestando en 2019 y luego el impacto de la covid-19 han obligado a reconocer, ya sin tapujos, que esas políticas del neoliberal Consenso de Washington eran literalmente inútiles para seguir haciendo frente a los problemas que ellas mismas habían generado: creciente vulnerabilidad financiera, hiperglobalización que genera demasiada inseguridad y bloqueos permanentes, cambio climático descontrolado, deuda gigantesca e insostenible y una enorme desigualdad que produce tensiones sociales muy peligrosas.

Los dirigentes políticos de Estados Unidos han ido por delante a la hora de reconocer ese fracaso y en las últimas semanas se prodigan las declaraciones que ya expresamente propugnan la puesta en marcha de un nuevo Consenso de Washington.

Lo hizo hace poco la Secretaria del Tesoro Yanet Yellen y el pasado día 27 de abril el Asesor de Seguridad Nacional, Jake Sullivan.

Este último dio un discurso en el que señaló los nuevos desafíos a los que se enfrenta Estados Unidos y la estrategia para hacerle frente que es una auténtica enmienda a la totalidad de las políticas neoliberales de los últimos 40 años.

Sullivan señala que Estados Unidos no puede seguir defendiendo sus intereses estratégicos asumiendo principios que la realidad ha demostrado que no funcionan. Concretamente, que “los mercados siempre asignan el capital de manera productiva y eficiente”, que “todo crecimiento fue un buen crecimiento”, que “la integración económica haría a las naciones

más responsables y abiertas” o que la industria privada está preparada por sí sola “para hacer las inversiones necesarias para asegurar nuestras ambiciones nacionales”.

La aplicación de esos principios, señala Sullivan, ha dejado como herencia a Estados Unidos una industria vaciada que le impide innovar en tecnologías punta y prosperar, una peligrosa dependencia económica de China, crisis climática y una democracia dañada por la desigualdad.

A partir de este reconocimiento de la situación Sullivan plantea cuatro grandes desafíos que definen un marco estratégico completamente distinto al neoliberal.

El primero es poner en marcha una política industrial nacional que lleve los recursos a los sectores “fundamentales para el crecimiento económico” y “estratégicos desde una perspectiva de seguridad nacional” sobre la base, ya mencionada, de que eso no puede hacerlo por sí solo ni el mercado ni la industria privada, sino que será necesaria una gran cantidad de inversión pública.

El segundo se basa en “trabajar con nuestros socios para garantizar que también estén desarrollando capacidad, resiliencia e inclusión” y, para ello, desarrollar un nuevo tipo de integración económica porque, dice Sullivan, “las dependencias económicas que se habían acumulado a lo largo de las décadas de liberalización se habían vuelto realmente peligrosas” para Estados Unidos. Al respecto cita, muy significativamente, unas palabras recientes de la embajadora y Representante de Comercio de Estados Unidos, Katherine Tai: “No hemos jurado la liberalización del mercado”.

El tercer desafío que plantea es el de hacer frente al cambio climático sin necesidad de sacrificar por ello el crecimiento económico sino, por el contrario, avanzando hacia una transición energética justa y eficiente con “inversión deliberada y práctica para impulsar la innovación, reducir los costos y crear buenos puestos de trabajo”.

El último desafío es el de “la desigualdad y su daño a la democracia” porque “las ganancias del comercio… no llegaron a muchos trabajadores… mientras que los ricos lo hicieron mejor

que nunca”. Teniendo en cuenta, señala Sullivan, que los impulsores de la gran desigualdad han sido claros: “recortes de impuestos regresivos, recortes profundos a la inversión pública, concentración corporativa sin control y medidas activas para socavar el movimiento obrero que inicialmente construyó la clase media estadounidense”.

La estrategia global que trataría de dar respuesta a estos desafíos es mucho más que innovadora en su planteamiento teórico y da completamente la vuelta a las tesis neoliberales. Así es cuando habla, por ejemplo, de eliminar “los paraísos fiscales corporativos”; “mejorar las protecciones para el trabajo y el medio ambiente”; “abordar la corrupción”; “fortalecer los derechos laborales y ambientales”; “abordar la angustia de la deuda” para ver “un alivio genuino” y que “todos los acreedores oficiales y privados bilaterales compartan la carga”.

Dice Sullivan que el éxito de una estrategia de este tipo se basa en asumir que “el mundo necesita un sistema económico internacional que trabaje para nuestros asalariados, que trabaje para nuestras industrias, que trabaje para nuestro clima, que trabaje para nuestra seguridad nacional y que trabaje para los países más pobres y vulnerables del mundo”. A mi juicio, hay algunas razones que impiden pensar que eso vaya a ser posible.

La primera es bastante elemental. Mientras persista el extraordinario grado de polarización que hay en Estados Unidos, será imposible que se lleven a cabo todas las medidas que sería necesario poner en marcha en una estrategia de esta naturaleza. La mayor parte de las medidas de alcance internacional o incluso nacional de esa estrategia necesitan del apoyo del Partido Republicano y eso es prácticamente imposible que se produzca.

La segunda razón que hace muy difícil que Estados Unidos pueda volver a diseñar una estrategia capaz de convertirse en un consenso internacional es que se basa en el aislamiento de China e incluso en la declaración de una auténtica guerra comercial, como casi ha empezado a ocurrir al establecerse controles de exportación e importación. Y es muy ingenuo creer que en ese conflicto sólo se van a ver involucradas las dos potencias. Provocará, por el contrario, el inicio de una nueva economía de bloques (realmente ya

iniciada tras la invasión de Ucrania).

En este último sentido no cabe hacerse ilusiones. Con la potencia económica y la influencia política de China, la única posibilidad que tiene Estados Unidos de sacar adelante una estrategia industrial como la explicada más arriba, basada en superar al gigante asiático, se basa en involucrarlo en un conflicto militar, pues este es el único ámbito en el que tiene clara superioridad. En última instancia, en un conflicto directo, a causa de Taiwán, y si no, en otros indirectos que debiliten a China o a sus aliados potenciales, como ocurre ahora con el de Ucrania. Desgraciadamente, el horizonte que cabe esperar no es el de la cooperación e integración internacionales, sino el de más armamentismo y guerras.

La tercera razón quizá no sea tan fuerte. La estrategia de Biden, aunque Sullivan trate de disimularlo en su discurso pues estas cosas no se declaran públicamente, requiere que la Unión Europea acepte una posición de neta subsidiariedad y dependencia respecto a los intereses industriales, tecnológicos y geopolíticos de Estados Unidos. Algo que quizá está más a su alcance, pues ya se ha comenzado a conseguir tras la guerra de Ucrania, y porque la gran potencia americana cuenta para ello con la colaboración de Polonia, de cuyo papel presente y futuro en Europa todavía no se está hablando mucho.

Finalmente, hay una razón que he expuesto con detalle en mi libro Más difícil todavía. Aunque el discurso de la actual Administración demócrata sobre los costes del neoliberalismo y la falta de realismo de su planteamiento teórico sea acertado y pragmático, no es ni mucho menos el que asumen las grandes corporaciones, la banca internacional y los todopoderosos fondos de inversión. Están ganando más dinero que nunca, tienen el poder que nunca habían soñado alcanzar, no hay fuerza alguna en el planeta que pueda alterar sus decisiones, lo dominan todo… ¿qué necesidad tienen de hacer experimentos?

Habrá cambio de estrategia en Washington, pero no un nuevo consenso internacional. Más bien todo lo contrario.

Juan Torres López

Fuente:
https://blogs.publico.es/juantorres/2023/05/12/un-nuevo-consenso-de-washington/#md=modulo-portada-fila-de-modulos:4×15-t1;mm=mobile-medium

Foto tomada de:
https://blogs.publico.es/juantorres/2023/05/12/un-nuevo-consenso-de-washington/#md=modulo-portada-fila-de-modulos:4×15-t1;mm=mobile-medium